

La ciudad y la guerra: el caso de Mostar

Ricard Pérez Casado

Seguiré la propuesta de los organizadores de este encuentro, y no pretenderé analizar las causas del conflicto, ni procuraré formular propuestas de solución política al mismo. Aunque no podré evitar deslizar algunas opiniones, desde luego con el respeto a quienes nos han convocado, y con el imprescindible respeto a quienes han sufrido, y sufren, los conflictos y sus consecuencias.

Cuando en 1996 la Unión Europea me propuso hacerme cargo de la insólita Administración de Mostar, me impuse ayudar siempre, y no intervenir en los asuntos internos de las comunidades de la ciudad que considero como propia. Venía de un país que todavía recuerda la tragedia de un enfrentamiento civil dolorosísimo, entre cuyos ingredientes figuraban las cuestiones nacionales, las lingüísticas, de desequilibrio territorial, de exclusión social, el papel de las fuerzas armadas y de seguridad, la religión y la hostilidad o la incompreensión internacionales. Más de cuarenta años hubo que pasar hasta alcanzar algún tipo de reconciliación, más por el olvido de las víctimas y por el cansancio de los vencedores que por un acto colectivo de reencuentro y perdón.

Por ello precisamente traté de comprender, en todo caso y circunstancia, a cada una de las partes de los sucesivos conflictos en que se vio envuelta mi ciudad de Mostar. A todas y cada una, desde la perspectiva del sufrimiento cierto para todas ellas, y en especial para las fracciones de población que siempre constituyen el núcleo más importante de las víctimas, niños, jóvenes, ancianos, mujeres. Los éxodos sucesivos, que apenas entreví en mi memoria de vencido de una guerra civil en España, se me hicieron escenas vivas en Mostar.

La existencia de los muros, a diferencia de Nicosia, donde para escarnio de la llamada comunidad internacional, aun existe, erizado de armas, no tiene siempre este carácter tan radical. Los muros existen en las conciencias, y por ello son más difíciles de eliminar, de derribar. Existen en las conciencias y en la memoria. Y no cabe pensar, con cierta ignorancia ingenua, bienintencionada, que el hecho de su inexistencia permite la permeabilidad del tránsito, la posibilidad de un reencuentro para el que se necesitaran generaciones.

La traslación de un modelo de desaparición de muro, como en Berlín, permitió una oleada de entusiasmos más o menos inocentes. Ni eran las mismas circunstancias, ni se trataba de enfrentamientos idénticos. La realidad se ha encargado de anular las expectativas nacidas de las buenas intenciones.

¿Debe ello conducirnos al pesimismo, a afirmar la imposibilidad de derribar los muros, sean estos físicos o, como es más frecuente, a la vez mentales, de conciencia? Mi respuesta es negativa. Negativa para el pesimismo. Desde una perspectiva práctica, que asume la realidad de las consecuencias, y de las causas si se quiere, de los conflictos, cualquier elemento que contribuya al reencuentro debe ser adoptado, en primer lugar por quienes resultan garantes de los procesos de paz, y desde luego por los elementos conscientes de cada una de las partes en conflicto. O lo que es lo mismo, el primer paso consiste en aceptar que la paz sólo es otra fase, otra etapa del conflicto, por supuesto que imprescindible para abordar su solución, y en todo caso más llevadera para las víctimas, que son todos los ciudadanos y ciudadanas.

Desde la perspectiva de las consideraciones precedentes entiendo que al menos cuatro grandes líneas de actuación pueden emprenderse, de modo consecutivo o de modo simultáneo en algunos casos.

No está en mi ánimo poseer receta alguna para establecer un proceso de reconciliación, de reencuentro primero, que conduzca a saldar las cuentas del pasado, la memoria de las atrocidades, y lo profundo de las heridas abiertas por los conflictos. ¡Ojalá! La proporcionaría hoy mismo, de modo desinteresado, y pondría todo mi empeño personal en contribuir a su aplicación. Nadie tiene esta suerte de receta milagrosa, pues el conflicto que es connatural a la especie humana nos acompaña en mayor o menor medida en todas nuestras ciudades, hayan sufrido ahora o en fecha más lejana el zarpazo de la crueldad.

Cuatro líneas, decía. La primera, como es el caso de Mostar, y de tantas otras ciudades, la *reconstrucción*. Reconstrucción de las infraestructuras, del agua y la energía, a las escuelas o los hospitales, de los puentes a los jardines. Una especie de devolución de los referentes urbanos que el conflicto había destruido, desproveyendo a la ciudadanía de sus elementos físicos de subsistencia, a los elementos físicos de referencia, tan importantes los unos como los otros, si se me permite, pues en definitiva un puente no es tan solo un elemento que permite franquear un río, es también el símbolo de la capacidad de encuentro de las dos orillas.

Me permitirán que recuerde que en cuanta ocasión tuve durante mi misión en Mostar, y desde entonces, dije que un río necesita de las dos riberas, que no conozco ninguno, y el Neretva no iba a ser excepción, que tenga una sola.

Esta recuperación de la base material, la que nos permite transitar por la ciudad, que nos hace reencontrarnos con el placer de la ducha o de la lectura

en la noche; que nos permite ser atendidos en nuestras enfermedades, o en las consecuencias físicas de la violencia; que permite retomar el curso de la vida para las generaciones más jóvenes en la escuela o en la diversión. Este conjunto de elementos que configuran la vida urbana en todas las ciudades, es sin duda alguna una tarea prioritaria. Para la que, además, sólo se requieren —y sé que es mucho— recursos técnicos y recursos económicos. De unos y otros hay disponibilidad, tanto a partir de los esfuerzos internos como de los que está obligada a proveer la comunidad internacional, en buena medida responsable de la extensión, duración, e intensidad, de los conflictos que se suceden en el caso de mi ciudad.

De hecho se aplicaron, y se aplican todavía, ingentes recursos técnicos y económicos para la recuperación de la totalidad de las infraestructuras urbanas de Mostar.

Y ello desde una perspectiva de reencuentro, como la que ha formulado el equipo dirigido por el profesor Plunz, de la Universidad de Columbia en Nueva York, y cuya publicación, en un acto de solidaridad del que me siento orgulloso, ha sido posible merced a los esfuerzos combinados del Distrito 11 de la ciudad de Barcelona, y de la Fundación Bancaja.

Documento de discusión, abierto, que se suma a las iniciativas que nacen de la propia sociedad que quiere reconstruir su marco de convivencia histórico, que es el de la ciudad, con sus diferencias, con sus herencias y con sus referencias para quienes, con derecho y razón, se obstinan en habitarla más allá de las causas de las confrontaciones.

Tendremos ocasión de referirnos a ello, al terreno de las propuestas abiertas a la discusión, sin duda alguna más adelante, y en todo caso, con permiso de los organizadores, en el debate que pueda suceder a esta intervención.

Una segunda línea de actuación que suele ser poco tenida en cuenta se refiere a la *recuperación de la actividad económica*, entendida no sólo como una evidente aportación al bienestar de la ciudadanía sino también como un componente imprescindible para la reconstitución del tejido social, de las relaciones. Sin olvidar, por ello, y también es imprescindible, los graves problemas que supone la desmovilización de los efectivos militares, especialmente jóvenes, y del impacto de la desocupación sobre el nacimiento, o persistencia de las actividades más o menos delictivas.

La utilización de los recursos de ayuda económica y financiera como instrumento de la política de paz no siempre ha sido bien entendida y menos aun aplicada de modo conveniente por parte de los organismos internacionales, que quisieran, o al menos aparentan quererlo, garantizar los procesos de paz y de reconciliación solo cuando se cumplan los requisitos, en su totalidad. El olvido del carácter instrumental de la recuperación económica, con independencia de la profundidad de la separación sólo conduce a prolongar los efec-

tos perversos, negativos, de la desmovilización de los efectivos militares, y por supuesto a incrementar y hacer sobrevivir lo que llamamos piadosamente la economía informal, esto es delictiva y al margen de procesos duraderos de recuperación económica que constituyen la base, a mi entender, de otras recuperaciones.

Desde luego en esta inercia de la comunidad internacional no sólo interviene elementos como los descritos de modo tan simple, hasta ahora. Inciden, además, las estrategias nacionales, de los estados, o de las empresas. Tenemos el caso del Combinado de Aluminio de Mostar. En cuantas oportunidades se me presentaron, suscitó la necesidad de su recuperación, y no siempre se entendió bien, pues hubo quien pensaba que la puesta en marcha de la factoría podría ayudar a los intereses de una de las partes del conflicto; o que se podía estar ayudando a una presencia empresarial, en mi caso española. Cuando en agosto de 1997 se reemprendieron las tareas fabriles, ciertamente hubo quien intentó capitalizar, de un lado, esta recuperación. Cierto, también, que la tecnología española, con la cooperación estatal de España, contribuyó a la recuperación. Y cierto es, también, que más tarde inversiones de origen norteamericano han desembarcado en Aluminij. ¿Y? Cientos de trabajadores han encontrado empleo, y al menos en la misma proporción han dejado la economía informal, y el fusil.

No es el único caso. Procuero comprender que las situaciones son diferentes, que ciertamente cabe que determinada acción, en principio, y en apariencia, pueda parecer que favorece a una u otra parte. Pero al cabo el puerto de Ploce, o el ferrocarril que une el Adriático con Sarajevo, servirán a todos, y en especial a una actividad económica que es la base de la recuperación del bienestar sin subvenciones.

Sin duda alguna esta formulación requerirá cuantos matices se quiera, pero no deja de resultar escandaloso supeditar el bienestar de la mayoría al posible aprovechamiento por unos pocos. Y en cualquier caso resulta más escandaloso el desorden, por decirlo de una manera discreta y piadosa, de las ayudas internacionales sin finalidades concretas, más allá de las evidentes de la reconstrucción. La recuperación social, moral, solo se me antoja posible a partir de la reconstrucción física y económica, que hace independientes a los ciudadanos de la subvención y la caridad internacionales.

Un tercer elemento, y no estoy introduciendo orden alguno de preferencia o prioridad, es el de la *normalización institucional*. Aunque tampoco me importaría ordenar las prioridades en este sentido, el que comienza por la reconstrucción material, sigue por la recuperación económica, y concluye en la normalización de las instituciones y el establecimiento de instrumentos sociales comunes, del ocio y el deporte a la cultura o las organizaciones ciudadanas. Puede que sea objeto de debate, llegado el momento, como lo es, ya lo

anticipé, la propuesta de nueva ciudad que han elaborado el profesor Plunz y sus colaboradores.

Porque, precisamente, la llamada comunidad internacional suele poner su acento en los procesos de normalización institucional, entendiendo como tal el establecimiento de instituciones representativas, esto es, democráticas según el código de valores que entendemos como comunes al ámbito cultural y político al que pertenecemos sus representantes. De hecho, mi misión en Mostar, a la conclusión del mandato de la Administración de la Unión Europea, consistió en lo esencial en la organización y realización de las primeras elecciones locales democráticas posteriores a los conflictos de 1991-1995. Calificada de «misión imposible» por los más entrenados de los representantes internacionales, se llevaron a cabo el 30 de junio de 1996, sin incidentes dignos de mención y reconocidas por el enjambre de observadores como elecciones limpias, y ello pese a los intereses cruzados de las partes y más de un obstáculo interno a la propia AUEM.

¿Garantiza el proceso electoral, por supuesto que limpio y libre, la recuperación institucional representativa? Sin duda alguna, sí. Pero sólo en parte, y conviene que lo precise de inmediato. Los representantes elegidos, lo fueron por sus conciudadanos, dentro y fuera de la ciudad. Que los partidos, pese a todos los subterfugios, se organizaran en torno a las comunidades que se habían enfrentado violentamente, no debe, o no debería, sorprender a nadie. Eso sí, el nacimiento de una institución representativa supone la aceptación de unas ciertas reglas del juego, el establecimiento de un primer peldaño en la senda de la recuperación de la normalidad institucional, y en este preciso sentido, la atribución de responsabilidades de gestión, de administración, y políticas, que comienzan a ser compartidas de mejor o peor grado, pero al cabo ya juntas.

Hemos visto sin embargo, en estos años, las dificultades para alumbrar una administración política, y administrativa si sirve la expresión, que tiene sus dificultades. De toda índole, comenzando por una separación, impalpable y no escrita, entre las comunidades, que se aferran al territorio, al inicial o al resultante de los conflictos. A la existencia en cierto modo de dos o más ciudades, aunque formalmente solo exista un municipio y una sola administración. A la persistencia, en suma, del muro invisible.

¿Quiere ello decir que hemos de dar la razón a los pesimistas? En mi opinión, no. De no existir estas instituciones cualquier oportunidad de encuentro, de entendimiento, sería inexistente y además imposible. La comprensión de que la ciudad es una, en su totalidad, como referente para todos, puede ser compatible, durante un largo período de tiempo, con la existencia de barreras infranqueables que no suponen la existencia de un muro o de alambradas.

Lo que sí merece una atención singular es la insistencia de la comunidad internacional en el funcionamiento de estas primeras instituciones de la normalidad democrática. Comprensible en mayor medida si se agregan a las consideraciones de índole interna de los estados: unos por ser receptores de desplazados y refugiados, que agobian presupuestos y generan nuevos escenarios de conflictividad en sus ciudades; todos desde la perspectiva del gasto público que supone la presencia de fuerzas armadas o de cooperación, gravando sus presupuestos y amenazando su seguridad. De ahí a afirmar que una vez consolidado el régimen representativo, en el marco de fronteras aceptables por la comunidad internacional, lo mejor que podría suceder es aumentar el retorno de desplazados y refugiados, y retirar la presencia militar en la zona.

El argumento, o los argumentos, tienen su interés, aunque la realidad se ha encargado de establecer que no será posible una retirada tan inmediata ni que las instituciones reconocidas van a funcionar como si de una aldea sueca se tratara. Tampoco, por fortuna, las opiniones públicas de los países de nuestro entorno lo iban a permitir, pese a los silencios o las parcialidades de los medios de comunicación.

Buena prueba de ello ha sido el esfuerzo solidario desplegado por Barcelona en Sarajevo. Y no es sólo la voluntad de sus responsables políticos, que también lo es, desde Pasqual Maragall a Joan Clos. Es la ciudadanía solidaria, incapaz del memoricidio de que nos advierte Juan Goytisolo, la que garantiza la continuidad del esfuerzo, la voluntad de ayudar sin intervenir a que hice alusión al inicio de mi intervención.

La cuarta línea de acción se refiere a la creación de *instrumentos sociales comunes*, o lo que es lo mismo a propiciar desde la base el reencuentro de las comunidades confrontadas, partiendo siempre que la paz es una fase más del conflicto. Instrumentos que hacen referencia a la cultura, al deporte, al ocio, a la fiesta y el espectáculo, al reencuentro con los paisajes por el turismo. El verano del 1997 las colas en la nueva frontera entre BiH y la RH, denotaban en su incomodidad el deseo de recuperar las playas, y los amigos, de Dubrovnik, de Neum, de Hvar, en todo caso comunes como Mallorca para mis vecinos alemanes.

Esta tarea es más urgente cuanto más difícil, pues no intervienen en este caso las presiones de las ayudas internacionales, o de la política de cada una de las comunidades enfrentadas. Intervienen los seres humanos, al margen de su condición o adscripción comunitaria. Y pueden tener, nuevamente, el apoyo de las organizaciones internacionales, en especial de las ciudades o de las ONG, en la medida estas últimas que se alejen tanto del turismo sin fronteras como de la mera ayuda humanitaria. Entender que el juego, el turismo, el ocio o la cultura son componentes del reencuentro es tanto como reescribir histo-

rias que conocemos otros pueblos de Europa, desde el intercambio de jóvenes franceses y alemanes después de 1945, a la reconciliación de mis compatriotas a lo largo, ojo, de las tres últimas décadas, en que hijos de vencidos e hijos de vencedores, encontramos el campo común de la cultura como emancipación y como meta de la libertad contra el régimen sanguinario y cruel que nos había amordazado a todos.

Las ciudades europeas, sus organizaciones civiles, sin duda alguna acogerán, acogen ya, las iniciativas que permiten el reencuentro entre las comunidades heridas por el conflicto. No se trata, en consecuencia, pese a las dificultades, de un programa voluntarista, del tipo que he criticado, cuando se pensó que por la vía del decreto, de la imposición, o de la negación de recursos, se iba a imponer la reconciliación. Se trata, tan solo, y es mucho, de volver a propiciar el encuentro desde la diferencia, y desde el reconocimiento que los conflictos han sido duros, las heridas profundas, y la memoria sigue viva, como nos lo recuerda la realidad cada día en nuestras ciudades, de Mostar a Sarajevo, con la ayuda de Barcelona o L'Eliana, claro está.

Tengo la certeza que estas cuatro líneas que he apuntado, a partir de mi propia experiencia, no agotan el caudal de iniciativas que pueden conducir, si no a la solución del conflicto, tal como han propuesto los organizadores de estas jornadas, sí al menos a mitigar algunas de sus consecuencias más nefastas, en orden a asegurar comodidad, bienestar, a los ciudadanos y ciudadanas, y en esta medida precisamente a establecer las bases para el reencuentro pacífico, la convivencia a que todos los seres humanos, con independencia de nuestro pensamiento, origen, lengua, identidad o religión, aspiramos.

En la medida que esté a mi alcance nunca negaré mi contribución, por modesta que sea, y lo es, porque de alguna manera, desde mi propia condición y memoria, me siento ciudadano de Mostar, y confío, cada vez más que veré avanzar, con la lentitud que se requiera, peldaño a peldaño, el reencuentro entre todos mis conciudadanos de las dos riberas del Neretva.